

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez-Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: US\$. 9

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$. 3

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 2568452

E-mail: caap1@caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

\$5,200

ECUADOR DEBATE

FLACSO - Biblioteca

55

Quito-Ecuador, abril del 2002

PRESENTACION / 3

COYUNTURA

Riesgos para la recuperación económica en dolarización / 19-20

Wilma Salgado

La Reforma Política como Mito / 21-30

Fernando Bustamante

Conflictividad socio-política Noviembre/2001 – Febrero/2002 / 31-36

TEMA CENTRAL

En la encrucijada de la glocalización. Algunas reflexiones desde el ámbito local, nacional y global / 37-56

Alberto Acosta

Ciclo político de la economía y el gobierno económico de la política / 57-96

José Sánchez-Parga

Globalización y Comunidad: Notas para una sociología económica de lo local / 97-120

J.P.Pérez Sáinz

La desmaterialización de la economía / 121-134

Fander Falconí

Globalización y cambios en el paradigma tecno-económico: Impactos en la reproducción del capital empresarial. Crítica desde la Economía Política / 135-150

Mario González Arencibia

Globalización, Capitalismo, Democracia Liberal y la Búsqueda de Nuevos Paradigmas de Desarrollo en Africa / 151-180

Tukumbi Lumumba-Kasongo

"¿ Cómo pensar una economía política ?" / 181-186

Argumento general para PEKEA

ENTREVISTA

La modernidad mirada desde el psicoanálisis / 187-194

Entrevista realizada a Alfredo Jerusalinsky

DEBATE AGRARIO-RURAL

Desarrollo rural y pueblos indígenas: las limitaciones de la praxis estatal y de las ONG en el caso ecuatoriano / 195-212

Luciano Martínez V.

La pulverización de la tierra: el minifundio en Licto,

Provincia de Chimborazo / 213-230

María Dolores Vega

ANALISIS

Discurso y filosofía política en Hugo Chávez (1996-1998) / 231-244

Juan Eduardo Romero

La percepción ciudadana con respecto a la política

y a los partidos en Bolivia / 245-252

H. C. F. Mansilla

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Comentarios a: Movimiento indígena y cooperación al desarrollo / 253-268

Pablo Ospina

Comentarios a lo comentado: Reflexiones a tenor

de los comentarios de Pablo Ospina / 269-276

Víctor Bretón Solo de Zaldivar

La percepción ciudadana con respecto a la política y a los partidos en Bolivia

H. C. F. Mansilla*

En Bolivia los dirigentes y partidos democráticos han imitado con cierto éxito el liberalismo económico de los países del Norte, pero han despreciado con igual energía las virtudes cívicas que hicieron grandes a aquellos países; han desestimado el espíritu crítico y científico de Occidente, pero han importado sin restricciones la estulticia difundida por los medios masivos de comunicación, la comercialización de la vida cotidiana y los métodos más refinados de corrupción financiero-bancaria. Sectores poblacionales estiman que estas élites contemporáneas son agrupaciones de los mediocres, taimados y astutos, coaligados metódicamente contra los de espíritu crítico y vocación ética.

Anticipando el resultado de esta crítica se puede aseverar que después de largos años de transición a la democracia y de un laborioso ingreso a la mal llamada globalización, en tierras bolivianas el proceso de democratización ha generado notables edificios institucionales, legales y electorales que coexisten en curiosa simbiosis con estatutos normativos, costumbres ancestrales y prácticas cotidianas premodernas, particularistas y hasta irracionales¹. Muchas veces la demo-

cratización y la modernización han servido para revigorizar tradiciones premodernas y, de este modo, hacerlas más resistentes frente a impugnaciones realmente innovadoras.

En líneas generales puede aseverarse que la población boliviana vislumbra la constelación socio-política de la siguiente manera. La democracia representativa, unida a la economía de libre mercado, está dirigida por élites y partidos políticos, cuya competencia técnica, cualidades morales y hasta *common*

* Doctor en Ciencias Políticas y Filosofía. Miembro de la Academia de Ciencias de Bolivia. Profesor visitante de la Universidad de Zurich.

¹ Muchas de las aseveraciones siguientes están basadas en dos grandes encuestas recientes de opinión pública, diseñadas específicamente para conocer la cultura política boliviana: Jorge Lazarte R., *Entre dos mundos. La cultura política y democrática en Bolivia*, La Paz: Plural 2000; Mitchell A. Seligson, *La cultura política de la democracia en Bolivia: 2000*, La Paz: Universidad Católica Boliviana/USAID/Encuestas y Estudios 2001

sense han resultado ser bienes notablemente escasos. Pero al mismo tiempo y esto constituye lo realmente preocupante parece que esta situación es vista por la población como un fenómeno natural, es decir como algo que los mortales no pueden modificar mediante actos conscientes y que, por lo tanto, la actitud adecuada es la pasividad y la resignación. Una muestra de ello es el comportamiento de la sociedad en los actos electorales, en los que se empeña en elegir libremente a gobernantes y grupos políticos, cuya reputación en una amplia perspectiva histórica es simplemente mediocre. Basta recordar aquí el caso tristemente célebre de la ciudad de El Alto (colindante con La Paz y formada en las últimas décadas mayoritariamente por migrantes campesinos e indígenas), cuya población hasta el año 2000 se dedicó afanosa e ingenuamente a reelegir a la misma élite corrupta que era responsable por una desastrosa gestión administrativa. En otras ciudades del país la situación se mantiene aun hoy de la misma manera.

No existen para el caso boliviano investigaciones de psicoanálisis sociopolítico, de modo que no podemos afirmar taxativamente que los electores aman a quienes les toman el pelo, pero en todos los pueblos del planeta se da ocasionalmente el fenómeno del masoquismo colectivo, según el cual una porción significativa de los electores eli-

ge libremente a élites políticas de dudosa calidad, sabiendo que estas élites les van a engañar deliberada y metódicamente. Este es claramente el caso de varios distritos electorales en Bolivia, donde además se puede advertir que la concepción de una democracia directa y participativa de procedencia indígena - con un sistema severo de control de parte de las bases - pertenece casi definitivamente al pasado y al reino de la fantasía sociológica.

Algunos de los políticos más distinguidos de Bolivia han afirmado en un raptó autocrítico (obviamente sin consecuencias prácticas): "La demagogia nos está liquidando"; "los liderazgos políticos son exclusivistas y excluyentes y tienen una visión estrecha del Estado y la nación"; los partidos se han convertido en "castas y grupos cerrados que utilizan a la comunidad sólo como mecanismo electoral para lograr espacios de poder"; los estatutos partidarios "son papel mojado"². Si esto admiten los propios políticos, es probable que la realidad sea ligeramente peor. Y este nivel básicamente negativo es el percibido por la opinión pública y la sociedad bolivianas.

La percepción de los partidos y los políticos de parte de la población tiene que ver con uno de los problemas poco estudiados por los enfoques institucionalistas, que se refiere a la *calidad intelectual y ética* de los grupos dirigentes

2 Cf. los testimonios autocríticos de destacados políticos en: *Grupos de presión manejan los partidos* (Entrevista con el diputado Hugo Carvajal), en: LA RAZÓN (La Paz) del 23 de junio de 1998, p. A 3; *Militantes: retomar los valores de la ideología*, en: PRESENCIA (La Paz) del 28 de junio de 1998; *Admiten culpas propias y ajenas: Políticos: la demagogia nos está liquidando*, en: *ibid.*, p. A 6; *La mala hora de los partidos*, en: *ibid.*

encargados de implementar las reformas modernizadoras e introducir la economía de libre mercado. En Bolivia la opinión pública que podemos llamar esclarecida está asombrada al observar que la mayoría de las personas ahora consagradas a la ideología neoliberal representa fragmentos de las antiguas élites pro-estatistas, antidemocráticas e iliberales. Han cambiado ciertamente su discurso ideológico y sus alianzas externas, pero siguen siendo la misma capa privilegiada de antaño con su mentalidad inextirpable de servirse eficazmente de los fondos fiscales -pero eso sí: ahora con una mejor educación cosmopolita y con inclinaciones tecnicistas. Las élites actuales, *legitimadas democráticamente*, han resultado ser grupos remarcablemente autosatisfechos, arrogantes y cínicos, lo cual no sería tan grave si estos grupos denotaran un mínimo de competencia administrativa, honradez en el desempeño de sus funciones y algo de interés por la estética pública. Lo que han logrado, y esto sin duda alguna, es la separación entre ética y política, hecho de gran relevancia en el largo plazo.

La misma opinión esclarecida -no la popular- vislumbra una enorme brecha entre el "tiempo político" y el "tiempo de los problemas". Las preocupaciones de los políticos y su horizonte temporal, determinado precisamente por factores democráticos tales como las elecciones y las exigencias de los votantes, son de plazo breve; las masas de los ciudadanos piensan en dimensiones de corto aliento y en soluciones simples, fácilmente comprensibles. Al carácter de estas demandas se amolda la programática simplista de los partidos y

las propuestas demagógicas y falaces de los políticos. Pero aun dejando de lado estas prácticas detestables, las élites gubernamentales no tienen opciones serias para los grandes retos de índole más o menos inminente: parece que estos grupos privilegiados no tienen idea de qué hacer en el futuro a mediano y largo plazo, aunque tuvieran más poder efectivo del que gozan actualmente e inclusive más medios financieros de libre disposición.

En Bolivia los dirigentes y partidos democráticos han imitado con cierto éxito el liberalismo económico de los países del Norte, pero han despreciado con igual energía las virtudes cívicas que hicieron grandes a aquellos países: han desestimado el espíritu crítico y científico de Occidente, pero han importado sin restricciones la estulticia difundida por los medios masivos de comunicación, la comercialización de la vida cotidiana y los métodos más refinados de corrupción financiero-bancaria. Sectores poblacionales estiman que estas élites contemporáneas son agrupaciones de los mediocres, taimados y astutos, coaligados metódicamente contra los de espíritu crítico y vocación ética. Se puede aseverar que en este empeño los políticos han mostrado una perseverancia digna de mejores causas, cosechando un éxito considerable. Tendencias intelectuales del presente son altamente favorables a esta evolución. El elogio del cinismo, la celebración del "todo vale", la postulada separación entre política y moral y otras lindezas asociadas con las modas intelectuales del día han preparado el actual clima de laxitud ética, irresponsabilidad financiero-administrativa e ineptitud técnico-in-

telectual que parece prevalecer en el seno de los partidos políticos. A la opinión pública le parece, por ejemplo, que los políticos profesionales son personas con un nivel cultural bastante limitado y con un horizonte de anhelos muy restringido: *potestas, pecunia y praestigium* (poder, dinero y honores). Precisamente en el marco de la democracia de masas los líderes políticos tienden a parecerse a los presentadores de televisión y a los expertos en relaciones públicas, excluyendo todo indicio de intelectualidad y espíritu crítico. Sus escasos conocimientos son poco fundados, circunstanciales, fácilmente reemplazables; su máxima habilidad consiste en vender en el momento adecuado -y a buen precio- esas modestas destrezas a un público ingenuo que tampoco exige gran cosa de ellos. Parafraseando a un clásico (*Edward Gibbon*), se puede decir que no hay que suponer un anhelo elevado -la democratización de la propia sociedad, si en el comportamiento de la clase política se puede hallar un simple motivo vil: el enriquecimiento mediante la corrupción.

En Bolivia dilatadas fracciones de las élites contemporáneas han aprendido a celebrar elecciones totalmente limpias y correctas y simultáneamente a apropiarse de fondos públicos mediante mecanismos más refinados que en tiempos de dictadura; muchos de los políticos, que por un lado propician reformas institucionales de indudable calidad y necesidad, se consagran, por otro, a aligerar el erario fiscal por medio de instrumentos genuinamente innovativos y endiablidamente eficaces. Las privatizaciones favorecen a los grupos que cuentan con fuerte respaldo político;

contratos superfluos, pero legales, asesorías sobrevaluadas, trabajos prescindibles para el reducido Estado neoliberal -enflaquecido, pero aun jugoso para aquellos que lo saben manipular- y muchos otros instrumentos de enriquecimiento rápido son usados por los mismos funcionarios que implementan la necesaria modernización del aparato burocrático y la inexcusable reforma del Poder Judicial. Grupos de la misma clase política que propugnan las reformas institucionales han desplegado una envidiable destreza para que estas últimas no modifiquen esencialmente el marco de viejos privilegios y prácticas consuetudinarias donde esa clase ha actuado habitualmente. En Bolivia la creación de nuevos órganos dentro del Poder Judicial, como el tribunal constitucional, el defensor del pueblo, el consejo de la magistratura, o la introducción de nuevos códigos y estatutos legales, no han logrado desterrar o siquiera aminorar los vicios clásicos de esta institución: la extrema lentitud de los juicios, la corrupción proverbial de jueces y funcionarios de los tribunales, el carácter innecesariamente enrevesado y tortuoso de los procedimientos y la subordinación del Poder Judicial al Poder Ejecutivo.

En el Perú el autogolpe del entonces presidente Alberto Fujimori en abril de 1992 abarcó la disolución del Parlamento y de la Corte Suprema de Justicia, las dos medidas más aplaudidas y apoyadas por el grueso de la población. El "nuevo" aparato judicial está conformado, empero, casi totalmente por los antiguos jueces y funcionarios, cuyos niveles de corrupción y corruptibilidad han ascendido en los últimos años. El

“nuevo” parlamento denota los mismos defectos que el anterior, además de un marcado descenso en la calidad del debate³. En Bolivia las reformas institucionales, que han recibido una amplia publicidad internacional, fueron alentadas por muy conocidos teóricos de la transición democrática que actuaron como asesores del gobierno. Ni las modificaciones constitucionales (como una ley de extensa municipalización del país o la elección de la mitad de los diputados según listas nacionales y la otra mitad de acuerdo a circunscripciones uninominales, siguiendo el modelo alemán actual), ni la creación de nuevas instituciones en el seno de los Poderes Ejecutivo y Judicial, ni la multiplicación de leyes y estatutos, han servido para alterar substancialmente las prácticas clientelísticas, la ineficiencia y corrupción de todas las instancias estatales y la concepción básicamente prebendaria de distribución de cargos públicos. Si bien funcionan desde hace poco tiempo y sólo en ciertos países, se puede sostener que hasta ahora en América Latina ni el Defensor del Pueblo ni los Tribunales Constitucionales ni órganos similares han podido alterar básicamente la pesada herencia del autoritarismo y prebendalismo en el ámbito de la justicia.

Por otra parte, en Bolivia nunca se han gastado tantos fondos como en los últimos años en la modernización de la policía nacional, y nunca la inseguridad ciudadana ha sido mayor. Jamás se había discutido tanto sobre temas de medio ambiente (incluidas las muchas

cumbres presidenciales y la creación de innumerables instancias consagradas presuntamente a cuestiones ecológicas, como el Ministerio de Desarrollo Sostenible), y nunca se han aniquilado tantos bosques como en los últimos años. Nunca se hicieron tantos esfuerzos modernizadores para ampliar y mejorar las autonomías municipales, y jamás se dio una ola similar de corrupción y apropiación privada de fondos fiscales en el ámbito de las alcaldías y regiones descentralizadas.

Muchos de los políticos profesionales se caracterizan por una energía indomable de índole perversa y por la incapacidad de aprender algo nuevo con respecto a sus prácticas consuetudinarias; su cinismo es tan grande y tan profundo que nunca llegan a preguntarse si tal vez han actuado equivocadamente o si han violentado principios elementales de ética. Desde que existen los actuales sistemas democráticos con partidos de masas, aparatos burocráticos en el seno de los mismos y elecciones periódicas, muchos políticos trabajan por consolidar esta imagen, que aparentemente no les quita el favor del público: este último se ha acostumbrado a percibir en la política el reino de la astucia, las picardías y el fraude y no el espacio de la inteligencia, la moralidad y el talento. Una de las consecuencias de este estado de cosas es que precisamente en sociedades democráticas la política se convierte en el imperio de la repetición y el tedio: el factor más efectivo para el socavamiento de la democracia desde

3 Romeo Grompone, *El reemplazo de las élites políticas en el Perú*, en: NUEVA SOCIEDAD (Caracas), N° 144, julio/agosto de 1996, pp. 114-125

su interior y para diluir su legitimidad está ya dado. Lo paradójico reside en el hecho ya mencionado de que los ciudadanos sigan votando masivamente por partidos y figuras que los decepcionan previsible y continuamente. Todo esto estropea seriamente la legitimidad de la democracia contemporánea.

Según todas las encuestas en torno a la cultura política boliviana, la gente, a pesar de no estar satisfecha con el régimen democrático específico, se declara partidaria de la democracia como norma suprema de convivencia y está dispuesta a defenderla. Pero esta apreciación positiva y promisorio no se extiende a las instituciones, y menos aun a los políticos de carne y hueso. La población afirma, por ejemplo, que la actividad de los partidos le produce desconfianza, disgusto, aburrimiento, indiferencia o irritación, pero, al mismo tiempo, cree que la democracia es indispensable y que los partidos y los políticos son necesarios. Lo que anhela la gente es que los partidos y los políticos modifiquen sus pautas habituales de comportamiento, pautas que están exentas de una ética razonable y alejadas de la modernización de la mentalidad que anhela la población. Las encuestas sobre la cultura política del país muestran un se-

rio desencanto, una genuina desilusión de la población boliviana con respecto a los partidos políticos⁴. Junto con el Parlamento⁵, el Poder Judicial y la policía, los partidos tienen el dudoso honor de compartir las posiciones más bajas de la apreciación colectiva. Y ello precisamente porque (1) el estamento político es el más apegado a las pautas convencional-conservadoras de comportamiento, (2) porque los políticos practican o toleran las costumbres más deplorables de nuestro pasado (como el aligeramiento sistemático del erario fiscal) y (3) porque aquí se da con extrema claridad la proverbial distancia entre retórica y realidad, entre teoría y praxis.

La decadencia total del debate ideológico-programático y la transformación de la política en un mero espectáculo de los medios masivos de comunicación y en un juego de imágenes y consignas simplistas, pero llamativas por su impacto visual y su marcado infantilismo, han acrecentado el aburrimiento y la decepción del público. Las llamadas soluciones pequeñas, las promesas elementales y las modestas medidas de carácter cotidiano-elemental tienden paradójicamente a incrementar este malestar, pues al parecerse e igualarse entre sí y al brindar la impresión

4 Cf. entre otros: *Seguridad humana en Bolivia*, La Paz: PNUD/ILDIS/PRONAGOB 1996; *Encuesta de cultura ciudadana*, La Paz: Secretaría Nacional de Participación Popular 1996; y la encuesta de *Latinobarómetro*, citada y analizada en el informativo artículo de Carlos F. Toranzo Roca, *Democracia y cultura política en Bolivia*, en: *Democracia y cultura política en Bolivia*, La Paz: Foro de Gobernabilidad y Desarrollo Humano, separata de PRESENCIA de febrero de 1997. Encuestas anteriores de la Universidad Católica de Bolivia confirman tendencias similares

5 Hay, sin duda alguna, un enorme descenso en el nivel intelectual del debate parlamentario, sobre todo si se compara el Poder Legislativo actual, elegido del modo más democrático, con el llamado Parlamento oligárquico de antes de 1951. Cf. Gabriel Chávez, *Polemistas ayer, "alzamos" ahora*, en: LA PRENSA (La Paz) del 5 de julio de 1998, p. 9a

de un evidente oportunismo electoral, los partidos pierden su identidad y, por consiguiente, su razón de ser. Aquí la modernización parece restringirse a una simple pragmatización de programas y prácticas. Las pocas defensas del "sistema" y del Parlamento que se han publicado se han distinguido por su carencia de argumentos razonables o por su simple cinismo.

El proceso de democratización a partir de 1982 ha hecho retroceder la tradicional cultura política del autoritarismo. En general la población boliviana ha adoptado los valores de la democracia representativa, pluralista y liberal, simultáneamente con la economía de libre mercado bajo la égida de la empresa privada. Sin embargo, la democracia ha puesto también de manifiesto el fenómeno de la corrupción, y lo que ha salido a la luz pública es de una magnitud y persistencia asombrosas. La desilusión ciudadana tiene que ver con el incremento y hasta con la popularización de la corrupción y la corruptibilidad en los últimos tiempos. La modernización no desterró a estos fenómenos del país, sino que los actualizó técnicamente, y esto es lo preocupante: las diferentes facetas del progreso material parecen favorecer modelos muy refinados de corrupción, que no son percibidos por los políticos como algo negativo y más bien son tolerados discretos y efectivamente. Una buena parte de la población duda de que se pueda termi-

nar con la corrupción si la implementación de posibles medidas contra esta plaga estaría en manos de los políticos, los funcionarios y los jueces que se aprovechan de ella. ¿Cómo poner en marcha, por ejemplo, la reforma de la educación y la del poder judicial con y mediante la misma gente, es decir la masa de maestros y jueces, que es la responsable del desbarajuste actual? La prensa no se cansa de afirmar que la "corrupción deslegitima a los gobernantes"⁶, pero esto no causa mella en la élite política. Plegándose a una iniciativa del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), la Conferencia Episcopal Boliviana aseveró que la "pobreza en América Latina se debe a la corrupción política" y que la "dirigencia política corrupta es la causa de la pobreza"⁷, pero estas opiniones no tienen ninguna influencia sobre los destinatarios de la crítica. Son opiniones probablemente compartidas por la mayoría de la población. De ser esto así, no hay mucho que agregar.

El carácter imitativo, parcial y hasta superficial de las reformas modernizantes se da en forma patente en la burocracia estatal. El público se percata, por ejemplo, de que la distancia entre la pretensión propagandística y los hechos efectivos de la praxis cotidiana se manifiesta en aquellos sectores estatales donde se han iniciado presuntamente procesos modernizadores. Es probable que la población esté hastiada con las clásicas

6 José Gramunt de Moragas, S.J., *La corrupción deslegitima a los gobernantes*, en: PRESENCIA del 10 de julio de 1998

7 *La pobreza en América Latina se debe a corrupción política*, en: PRESENCIA del 10 de julio 1998; *Dirigencia política corrupta es la causa de la pobreza*, en: *ibid.*

cas propuestas para crear leyes y reestructurar reparticiones oficiales, como si ello tuviese alguna consecuencia sobre el funcionamiento real de los órganos del Estado y sobre las pautas de comportamiento de los servidores públicos. Quizá el público está cansado con esas consignas que pretenden humanizar o democratizar el modelo económico, sin indicar concretamente cómo, consignas que suenan bien y no obligan a nada. No es casualidad que temas ligados a las perspectivas de largo aliento estuvieran totalmente ausentes de las últimas elecciones generales (1997) y de los debates actuales, como la abolición del servicio militar obligatorio, la destrucción de los bosques tropicales, la contaminación ambiental en las ciudades o la inseguridad ciudadana.

El público, por más ingenuo e ignorante que sea -y lo es en grado muy alto-, se da cuenta de la enorme distancia entre promesa y realidad. Trabaja y prospera lentamente al lado y a veces en contra de la praxis estatal. Una de las grandes ventajas del régimen semi-liberal implantado en 1985 -tal vez la mayor- es que el Estado interfiere mucho

menos en las actividades de los ciudadanos; que éstos sean dejados en paz por la burocracia es ya un genuino progreso. Su desafecto por la política lo manifiesta de diferentes maneras: una abstención cada vez mayor en las elecciones⁸, la tendencia a cambiar de preferencia electoral muy a menudo, la sustitución de políticos profesionales por deportistas, cantantes, reinas de belleza y anunciadores de televisión, el surgimiento de partidos sin ideología y tradición, y la suplantación del interés político-ideológico por el consumismo desenfrenado.

En resumen: es probable que la población boliviana perciba en los partidos y los dirigentes políticos males que no pueden desaparecer de la faz de la Tierra, que de algún modo pertenecen a la naturaleza humana, y ante los cuales hay que exhibir un comportamiento pragmático, como el que el ciudadano común tiene frente a fenómenos desagradables pero inevitables y hasta indispensables, como las empresas funerarias y la recolección de basura.

8 No todas las naciones latinoamericanas han alcanzado los índices de Haití, donde el índice de abstención electoral llegó al 95% [sic] en abril de 1997. Pero en todas partes hay una inclinación en ese sentido. Cf. Arnold Antonin, *Haití: un pueblo desesperado*, en: NUEVA SOCIEDAD, N° 154, marzo/abril de 1998, p. 31.